

La emigración portuguesa hacia Francia en la segunda mitad del siglo XX: breve caracterización

Albertino Gonçalves y José Cunha Machado

RESUMEN:

La emigración a Francia durante la segunda mitad del siglo XX representa uno de los mayores movimientos de población del que se tenga memoria en la larga historia de Portugal. ¿Cómo enmarcar semejante boom? ¿Qué factores lo propiciaron? ¿Cuáles fueron sus peculiaridades y sus consecuencias? ¿qué relaciones se establecieron, a nivel social y político, entre el país y sus emigrantes? Tales son las principales cuestiones que el presente artículo se propone abordar.

Palabras clave: Emigración portuguesa; Francia; Siglo XX.

ABSTRACT:

The emigration to France in the second half of the twentieth century represents one of the major populations movements that we have memory in the history of Portugal. How can we frame that boom? Which factors propitiate it? Which characteristics specify it? Which consequences followed up? What relations were established, in a social and political level, between the country and its emigrants? There are the main questions that we want to study with this paper.

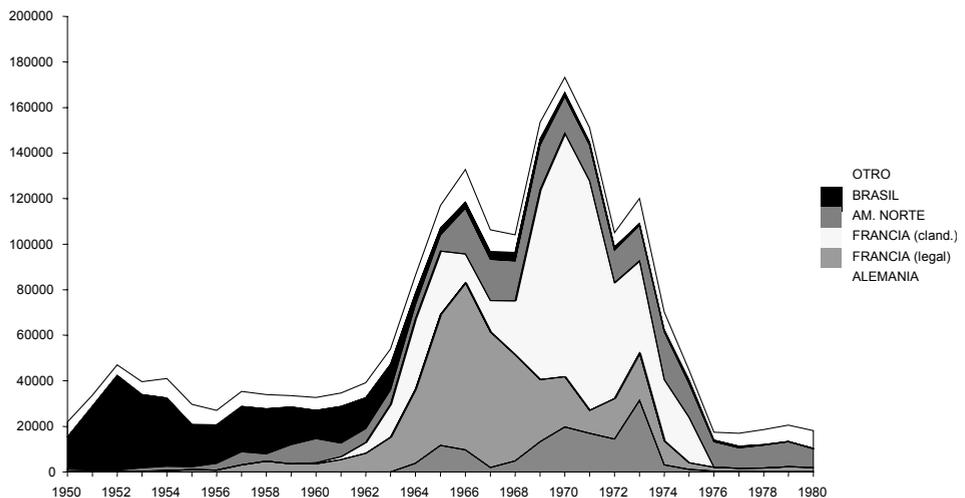
Key words: Portuguese Emigration; France; XX Century.

Los movimientos de población más allá de las fronteras son una constante de la historia nacional portuguesa (Godinho, 1971 y 1978; Serrão, 1972), aunque hayan adoptado, a lo largo del tiempo, diversas formas: conquista, expansión, colonización y emigración. En el curso de los años 60 ocurrió, no obstante, la mayor eclosión de la emigración de que se tiene conocimiento en Portugal. Fueron sobrepasados, inclu-

so, los picos observados en el paso del siglo XIX al siglo XX. Entre 1960 y 1974, según las estadísticas disponibles, salieron de Portugal, en busca de mejores condiciones de vida, 1.478.786 portugueses (incluyendo los indocumentados para Francia), o sea, cerca de un sexto (16,6%) de la población residente censada en 1960 (8.889.392).

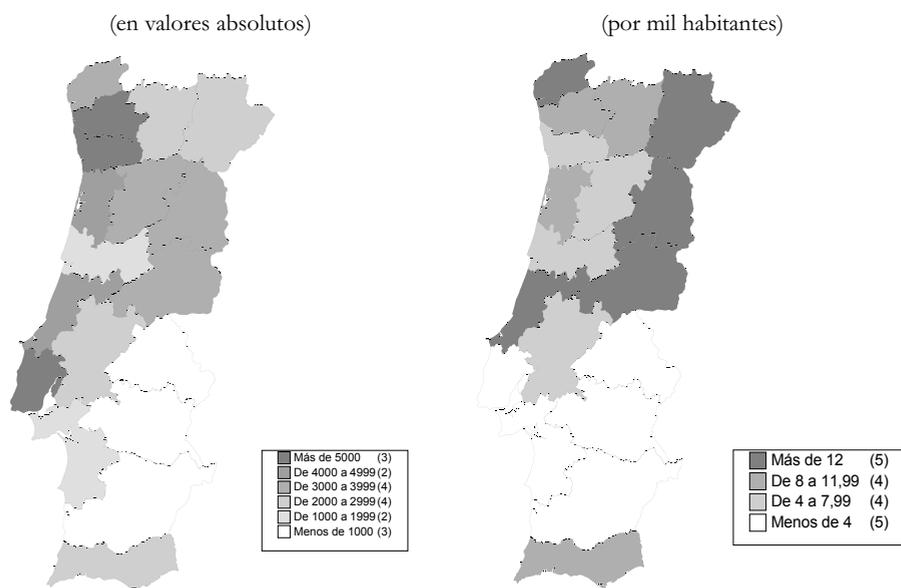
Pero no es sólo por su volumen por lo que la emigración de los años 60 se singulariza. Por primera vez, el continente europeo, con Francia y Alemania (RFA) en primer plano, suplanta a los destinos transoceánicos tradicionales, en que destaca particularmente Brasil. En un corto intervalo de cinco años el peso del movimiento intraeuropeo en el conjunto de la emigración sube de un 11,7%, en 1960, a un 81,5%, en 1965. Receptora del 63,1% de los emigrantes en la década de los 60, Francia rebasa el protagonismo anteriormente asumido por el Brasil. La RFA adquiere, progresivamente, una expresión considerable que culmina en 1983. A partir de mediados de los años setenta, la emigración sufre una quiebra, particularmente acentuada en el caso de Francia y de la RFA. El movimiento transoceánico retoma la preponderancia, desplazándose, no obstante, de América del Sur a la del Norte. Los Estados Unidos y Canadá, entre los mayores países receptores transoceánicos desde 1966, pasan a constituir el principal destino de la emigración portuguesa (véase Figura 1). Actualmente, Francia acoge la tercera mayor comunidad portuguesa radicada en el extranjero.

FIGURA 1. Emigración por país de destino



Tras la Segunda Guerra Mundial, el reclutamiento de los emigrantes deja de confinarse a determinadas áreas del país para extenderse a la globalidad del territorio nacional. Los distritos más populosos del litoral y de las Islas (Braga, Porto, Lisboa, Leiria, Aveiro y Ponta Delgada) continúan proporcionando los mayores contingentes (véase Figura 2, en valores absolutos). Son, sin embargo, los distritos del Norte Interior y de las Islas, a los que se añade Leiria, aquellos donde la emigración tuvo mayor incidencia y repercusión: Ponta Delgada, Horta, Angra do Heroísmo, Funchal; Guarda, Viana do Castelo, Leiria, Braganza y Castelo Branco (véase Figura 2, por mil habitantes). La tasa de emigración de Ponta Delgada (28,3‰) se presenta, en la década de los 60, ocho veces superior a la de Lisboa (3,6‰).

FIGURA 2. Emigrantes según distritos de origen



Además de joven, la emigración continúa siendo preponderantemente masculina. Pero la participación femenina se vuelve apreciable, principalmente a partir de 1966, traduciendo una componente cada vez más familiar. Esta tendencia se extremó en 1968, año en que salieron, según las estadísticas referentes a la emigración legal, más mujeres que hombres (43.039 contra 37.413, respectivamente). La presencia masculina se afirma como mayor en el movimiento intraeuropeo que en el transoceánico: “entre 1955 y 1974, mientras los individuos de sexo masculino representaron un 66,4% de la emigración hacia Europa, en lo que respecta al movimiento transoceánico ese valor bajó al 51,6%” (Arroteia, 1983, 116).

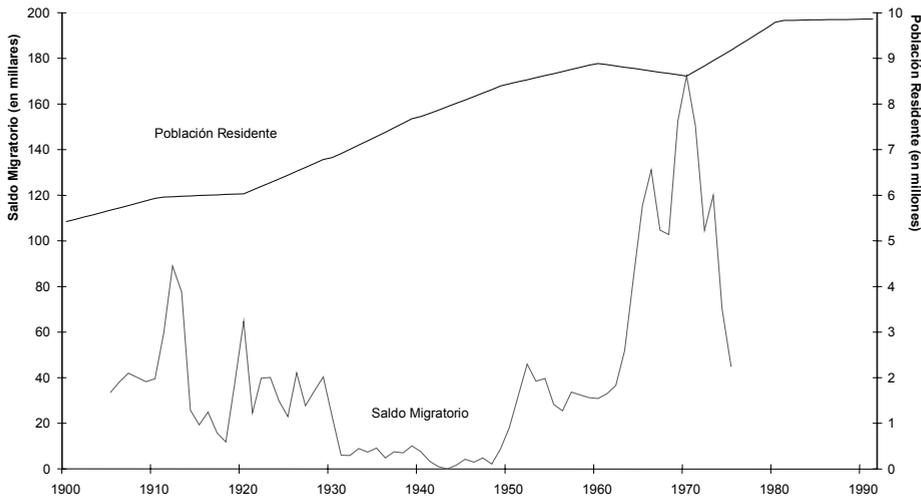
Muchos emigrantes corrieron el riesgo, en ocasiones con desenlace trágico, de salir “al asalto”. Si, de un modo general, el rigor de las estadísticas respecto a la emigración se presenta bastante cuestionable, en el capítulo de la emigración clandestina las reservas no pueden sino acentuarse (véase, a este propósito, Antunes, 1973; Ferreira, 1976). No obstante, éstas nos indican que, sólo en el caso de Francia, fueron legalizados, entre 1960 y 1974, 538.757 “indocumentados”, lo que hace un 36,4% de la emigración total. En los años 1969 a 1971 la emigración clandestina sobrepasó la legal. En la realidad, el cómputo global, difícil de estimar, de la emigración ilegal, excedió largamente estos registros. En 1955 se escribía en un periódico local: “No hay trabajo; no hay empleos para ganar dinero; la población aumenta; y el Gobierno portugués dificulta la emigración” (*Notícias de Melgaço*, 09/01/1955). La política en vigor fue, durante este período, la del enclaustramiento nacional. Las fuerzas de seguridad “tapaban las fronteras”, los “señores de la tierra” exigían, públicamente, más eficacia a la policía del Estado (la PIDE), las noticias relativas a la emigración eran blanco de censura en la comunicación social; las prisiones y los tribunales, en especial en las comarcas fronterizas, se abarrotaban con los casos vinculados a los “pasadores”, a las redes y a los meandros de la emigración clandestina.

Fueron muchos, y diversos, los factores que desencadenaron o facilitaron este extraordinario flujo de salidas. Estaría fuera de lugar intentar inventariarlos. Entre los más referidos figuran:

- 1) En primer lugar, la búsqueda de mano de obra por parte de los países de Europa Continental de la mano de la reconstrucción de posguerra y en pleno ciclo de acentuada expansión económica, habiendo la ola de emigración portuguesa sucedido a la italiana y a la española. Anido y Freire (1978) señalaron, incluso, la existencia de una asociación entre los ciclos de la emigración para Francia y los Planes de Desarrollo franceses, o sea, las necesidades de empleo diagnosticadas en este país;
- 2) El crecimiento demográfico y la contención de la emigración durante las décadas de los 30 y 40 ante un contexto internacional marcado por la crisis económica y por los conflictos militares. Portugal vino a suspender, o aplazar, durante estas décadas la exportación de personas, más por razones externas que por cualquier dinámica endógena (véase en la Figura 3, la evolución de la población residente y del saldo migratorio);
- 3) El nivel de vida de la mayoría de los portugueses era tenido o presentado como drásticamente inferior al vigente en los países más desarrollados de Europa,

sin que se vislumbrasen perspectivas creíbles de mejoría en el futuro; antes por el contrario tendía la distancia a agravarse. A título de ejemplo, en 1963, el salario horario medio en la industria se reducía en Portugal, a 1/5 del practicado en Inglaterra (Almeida & Barreto, 1976:62). Este fue ciertamente el principal resorte que empujó a los emigrante hacia más allá de las fronteras;

FIGURA 3. Evolución de la población residentes y del saldo migratorio



- 4) La proximidad geográfica y cultural de los nuevos países de acogida;
- 5) La multiplicación de fuentes de información acerca de las oportunidades ofrecidas en el extranjero, especialmente a través de los medios de comunicación social y del testimonio de coterráneos entre tanto emigrados, que mantenían, ahora, una mayor interacción y comunicación con la sociedad de origen;
- 6) A su vez, la emigración hacia Francia tras la I Guerra Mundial, aunque de poca entidad (Anido & Freire, 1978; Branco 2001), constituyó un factor facilitador de redes de ligazón e instalación en el extranjero a los nuevos candidatos a emigrantes.

Se añaden dos factores de índole coyuntural:

- 7) El inicio de la Guerra Colonial reforzó, de algún modo, la tendencia general, por el rechazo de la prestación del Servicio Militar, pero también por el desarraigo y por la apertura al mundo que este proporcionó. Se observa, en este ámbito, un abultamiento de los contingentes masculinos con 15-19 años, en 1961, 1962 y 1963, que lograron, así, emigrar antes de la prohibición formal de

salida de mozos motivada por el inicio de las hostilidades en Africa. Por otro lado, se destacan, en los años 1964 y siguientes, los contingentes con edades inmediatamente posteriores a las de la conclusión del Servicio Militar.

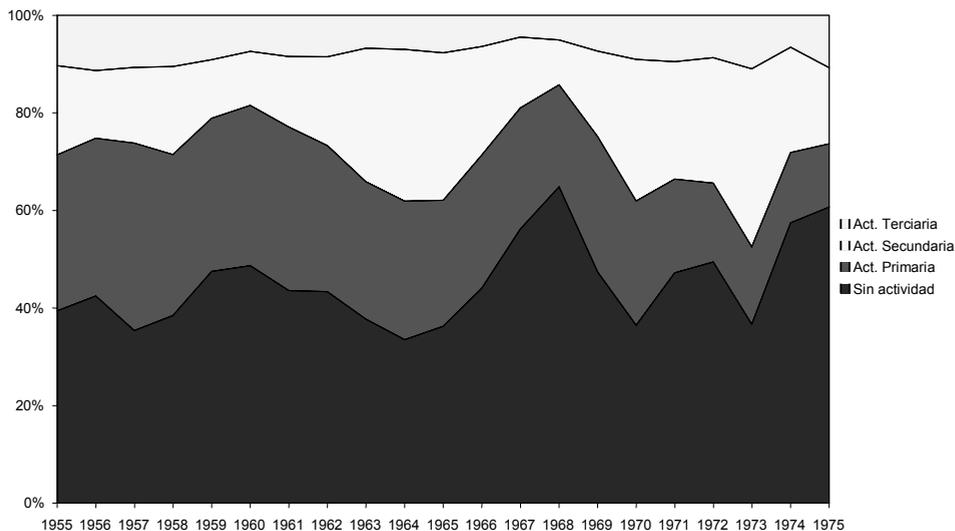
- 8) Subsiste, todavía, un factor raramente considerado que nos gustaría contemplar. Nos referimos a la experiencia de la explotación del wolframio durante el período de la II Guerra Mundial. Se estima que Portugal llegó a tener, a esas alturas, 100.000 mineros (Lage, 2000, 376). La fiebre del “oro negro” afectó profundamente a la población portuguesa. Desplazó a millares de personas de sus hogares y de sus aldeas para una actividad de riesgo, localizada, a veces, en la línea de la frontera, en particular en lo que se refiere al contrabando. A la par que el poder de compra y la capacidad de consumo, les expandió también las expectativas y las aspiraciones. Los dotó, además, de nuevas competencias y hábitos a varios niveles, incluyendo el profesional. Les proporcionó, igualmente, contactos y lazos con el extranjero, eventualmente movilizables en otros contextos. La aventura del wolframio preparó, de este modo, el terreno a la emigración. No se debe probablemente al mero azar el hecho de que, en el mapa, las áreas geográficas de más precoz y más intensa emigración se superponen prácticamente a las de mayor explotación minera del wolframio.

Partieron, principalmente, los más jóvenes, con menor escolaridad, provenientes de los medios rurales y activos en el sector primario. Aunque de forma irregular, el peso de algunas de estas categorías tenderá, con todo, a disminuir a lo largo de la década de los 60. Es lo que acontece con la proporción de emigrantes activos en el sector primario que desciende del 32,9% en 1960 al 14,4% en 1974. A su vez, acompañando hasta cierto punto a la evolución de la emigración familiar y femenina, la proporción de los emigrantes sin actividad económica tiende a aumentar (véase Figura 4).

La mayoría de los emigrantes portugueses de los años 60 ingresó en el mercado de trabajo de los países receptores en calidad de trabajadores por cuenta ajena, principalmente en la industria y en el servicio doméstico. En Francia, según los resultados del censo de 1975, las mujeres activas se repartían entre los obreros (43,4%) y el personal de servicio (45,2%). En cuanto a los hombres, el 89,3% eran obreros, principalmente en la construcción civil (Branco, 1986). Se concentraron, preferentemente, en las grandes aglomeraciones urbanas, preservándose, a veces, algún lazo entre ciertas áreas de implantación en territorio francés y determinadas tierras de origen en Portugal (Rocha-Trindade, 1973). La persistencia de estas conexiones posibilitó, con los años, la apuesta de la Iglesia Católica en una acción entre las comunidades de emi-

grantes a partir de Portugal, con el desplazamiento de los párrocos locales al extranjero y soportará, más tarde, en las décadas de los 80 y los 90, parte del crecimiento de hermanamientos entre comunidades francesas y portuguesas.

FIGURA 4. Emigrantes según sector de actividad



Profundamente animado, en una primera fase, por el proyecto de regreso, y por tanto por la perspectiva de una estancia temporal en el extranjero, ayudados por la proximidad y por las facilidades de transporte, los emigrantes de los años 60 mantuvieron un nivel inédito de integración con las comunidades de origen (Rocha-Trindade, 1976). Ninguna otra generación de emigrantes logró tanta presencia y visibilidad en la sociedad natal. Las venidas periódicas en vacaciones sobresaltan el letargo de las aldeas. Los automóviles se empeñan en una ostentosa y frenética ubicuidad. Las inversiones, o mejor, el “consumo de inversiones” alimentan negocios e intermediarios. Las casas, de arquitectura *sui generis*, se multiplican en el paisaje, erguiéndose, muchas veces, en lugares inesperados donde dan prueba de fidelidad al terruño natal y cumplen, en tanto que vacías, la promesa de un futuro regreso (Villanova et al, 1994). Ninguna otra generación de emigrantes se aproximó a los niveles alcanzados por esta en lo que se refiere al envío de sus ahorros a Portugal. “Entre 1959 y 1973, el número de emigrantes portugueses creció 3,58 veces y, a precios constantes, el valor de las remesas se multiplicó por 6,2 veces” (OCDE, 1982: Anexo III, 24). Nunca la “cría de ganado humano para la exportación...única y en todo caso principalísima industria portuguesa de exportación”, para retomar la expre-

sión de Oliveira Martins (1956:230), parece haber rendido tanto al país. Otra señal de esta ligazón reside en el hecho de muchos cónyuges y, todavía más, hijos que permanecieron en la sociedad de origen. Prosiguiendo frecuentemente estudios costeados por el desahogo económico propiciado por la emigración del o de los padres, estos últimos se encaminaban nítidamente a hacer sus carreras en Portugal. Esta promoción profesional y cultural de los hijos representa, así, una de las contribuciones más notables de la primera generación de la emigración francesa al desarrollo del país. En el extranjero se entregaron con ahinco, ascetismo y discreción social, al trabajo y al ahorro en un contexto de privación a medio plazo (Cunha, 1988; Leandro, 1992).

Durante esta primera fase de la emigración portuguesa en Francia, la sociedad de origen predomina como sociedad de referencia, principalmente en términos de pasado y de futuro, resultando el presente, vivido en el extranjero, subalterno. La vida venía a ser colocada entre paréntesis, suspendida con miras al regreso exitoso a la añorada *terra-madre* (Gonçalves & Gonçalves, 1991). En realidad, muchos llegarían a concretar ese designio, aunque, a veces, con algún desencanto a la llegada. En el período de 1974 a 1981 regresaron 182.000 emigrantes (Cónim, 1990, 33), un movimiento, también éste, sin antecedentes en la historia nacional, exceptuando el regreso de los desalojados de las ex-colonias tras la Revolución del 25 de abril. Fue en el cambio de década de los setenta a los ochenta cuando se dieron los mayores contingentes de regresos provenientes de Francia. Varios factores se conjugaron: en Francia, la política e incentivo al retorno de los inmigrantes y la percepción de una mayor inseguridad (Poinard, 1979); en Portugal, las expectativas positivas al calor de los cambios políticos generados por la “Revolución de los Claveles”. El mismo punto al que había llegado el ciclo de vida de la mayoría de los emigrantes pudo haber influenciado esta opción: había llegado o se aproximaba, para unos, la edad de “disfrutar el retiro” y, para otros, la edad estimada ideal o límite para ingresar profesionalmente o para establecerse por cuenta propia en Portugal. Se colocaba, en fin, el dilema de la educación y del encaminamiento de los hijos en una u otra sociedad, con el papel de implicaciones que esta decisión acarrearía en términos de efectividad del proyecto de regreso y, luego, de eventual redefinición del proyecto de vida de la familia.

Pero, a estas alturas, ya se consolidaba, entre los emigrantes, una nueva postura frente al futuro que tendía a preferir el regreso definitivo a Portugal proporcionalmente al anclaje en Francia. Este cambio de actitud fue, a veces, precedido de un período más o menos largo de transición vacilante, durante el cual se procuraba jugar en dos tableros, apostando, en la espera, en ambos países, por ejemplo repartiendo salomónicamente las inversiones materiales y simbólicas u orientando la educación de

los hijos de modo que se salvaguardasen las diversas alternativas mediante el desdoblamiento de las hipótesis de reconversión profesional y escolar. La ambivalencia de esta concepción del mundo justificó expresiones y metáforas tales como “acá y allá” (Martinho, 1984; Neto, 1985) o “sentado entre dos sillas” (“le cul entre deux chaises”). Aunque no corta los puentes con Portugal, la mayoría de los emigrantes piensa terminar sus días en Francia. Varios pasos y procesos confluyeron en esta alteración del horizonte de vida:

- a) Con el reagrupamiento familiar, las mujeres protagonizaron una mayor apertura y aculturación a la sociedad francesa -fueron ellas, justamente, las más reticentes a la concreción del regreso y las más descontentas con la subsiguiente degradación del estatus y del estilo de vida entretanto alcanzados (Leite, 1998);
- b) El destino de los hijos y, después, de los nietos viene a atar a los emigrantes a la sociedad francesa, induciéndolos a aplazar sucesivamente el regreso hasta el abandono puro y simple de este designio;
- c) Los numerosos ejemplos de regresos fracasados, algunos terminados en reemigración, hicieron redoblar las cautelas;
- d) La entrada de Portugal en la Comunidad Europea contribuyó a la recuperación del sentimiento de seguridad que años atrás faltaba;
- e) Los atractivos de Portugal, con el tiempo, se difuminaron. Algunos lazos desaparecieron y otros se corroyeron. Por otro lado, los emigrantes adquirieron conciencia, renovada en cada venida en vacaciones, de no ser recibidos ni reconocidos en su país como desde su punto de vista merecerían. Este desencanto los apartó, amarga pero paulatinamente, de los sueños y las aspiraciones de otrora;
- f) La perpetuación de la diferencia de calidad de vida entre los dos países, principalmente en lo que se refiere a la seguridad social y al sistema de salud, resalta como un argumento sistemáticamente invocado para justificar la opción por el no regreso (Gonçalves, 2002);
- g) La proximidad y el desarrollo de los transportes, que tanto facilitó la interacción con Portugal, juega ahora a favor del mantenimiento de la estancia en Francia, relativizando las ventajas del regreso definitivo. Se vuelve posible, sobre todo para los jubilados, multiplicar cortas estancias en Portugal. Por otro lado, las visitas dejan de obedecer a un sentido único, siendo, ahora, los familiares invitados a desplazarse a Francia.

En suma, en los tiempos que corren Portugal se configura más “como un país de vacaciones que como un país de regreso”, “bueno para visitar pero no para vivir”, donde el paisaje y el clima se presentan más cautivantes que las personas y las instituciones propiamente dichas. Con la salvedad, sin embargo, de una excepción inevitable: Fátima, “el altar del mundo”, la Meca en donde, independientemente del grado de catolicidad, los emigrantes rinden, por lo menos una vez en la vida, todo el fervor religioso. En algún sitio en Portugal se sitúa aún la “cuna perdida” (Gonçalves, 2002), lugar, más imaginario que real, donde las nuevas generaciones, especialmente los nietos, se entregan al culto de las raíces y a la proyección simbólica de su identidad.

El reciente impulso del movimiento asociativo de los emigrantes portugueses en Francia y hasta la misma ola actual de hermanamientos entre “comunidades” de los países de origen y de destino pueden, bajo esta luz, revestir significados opuestos a aquellos que una primera interpretación se apresura a deslindar. La lógica que preside estas iniciativas puede muy bien radicar más en las sociedades de acogida que en la portuguesa. Tal y como el objetivo. Más que de un estrechamiento de los lazos o de una restauración del puente para el regreso definitivo, pueden, por el contrario, representar una especie de “caballo de Troya” en el cuadro de una estrategia de inserción y fijación en el extranjero. Por la vía del “culto de las raíces”, se construye, en la tierra de elección, una (auto)imagen que afirma una identidad, un estatuto, y cimenta las bases del reconocimiento social. Estas prácticas pueden, por tanto, corresponder a un trabajo simbólico de “invención de tradición” y de *folclorización* de la cultura de origen” (Rodrigues, 1979: 47), en suma, de una reapropiación del pasado, erigido, simultáneamente, en cimiento y emblema para el presente y el futuro, en una perspectiva de continuidad, no en el seno de la sociedad madre, sino en el de la sociedad madrastra. Los ejemplos de itinerarios similares abundan en la historia de las migraciones (por ejemplo, los polacos, los italianos o los hispánicos). De tener fundamento esta conjetura, entonces la explosión de “lusolandias” (Dias, 1983), auténticas recreaciones locales de simulacros de la patria, en vez de hacer patente un esfuerzo de apego a los orígenes y a la inminencia del regreso a la tierra-madre, significa, por el contrario, un abrazo al destino, un medio y un paso para la “adopción de la madre adoptiva” (Cunha, 1988; Monteiro, 1993).

Hemos aludido, en varias ocasiones, al carácter polémico de las relaciones existentes entre los emigrantes y los residentes en el país. Algunas de las fuentes de conflictividad y de controversia se remontan a la propia historia de la emigración. Recuérdese que, antes de partir para el extranjero, innumerables emigrantes se deba-

tieron con la oposición y el boicot de los patrones, de los notables y de las autoridades de entonces. Otros vectores se vinculan al encuadramiento de los estilos y de las trayectorias de vida de los emigrantes en la propia configuración de la sociedad portuguesa. La cuestión es la siguiente: ¿qué lugar y qué valor reconocer a los emigrantes y a sus atributos?. Se trata de un proceso con enormes repercusiones. Lo que está en juego es, nada más y nada menos, el conjunto de la estructura social. Siendo la clasificación social una actividad sistémica, las posiciones y los valores atribuidos a los emigrantes y a sus propiedades afectan a las posiciones y a la cotización de las propiedades de las demás clases de agentes, desde las más similares a las más distintas, desde las más próximas a las más distantes. El alcance de este enredo, ya de por sí considerable, se presenta particularmente exacerbado en las décadas de los 70 y los 80. Tres realidades contribuyen a ese efecto. En primer lugar, en continuación de las dificultades levantadas a la inmigración, en el inicio de los años 70, por la mayoría de los países de destino de los portugueses, los emigrantes pasan a beneficiarse “injustamente”, de un privilegio no accesible a los demás residentes, principalmente a los potenciales candidatos, en su mayoría de raíz popular (Rocha-Trindade, 1982). En segundo lugar, la mayoría de los emigrantes proyectaba, entonces, su futuro en Portugal, invirtiendo en este país lo esencial de sus bienes materiales y simbólicos, de sus expectativas y afectos. En tercer lugar, Portugal conoce, desde los años 60, un profundo proceso de recomposición social, caracterizado, entre otros aspectos, por el rápido crecimiento de las nuevas clases medias y de las categorías titulares de diplomas académicos (Santos, 1993; Barreto, 1996; Estanque & Mendes, 1997). Las actividades vinculadas a la clasificación social resultaron, así, sobreinvertidas por las diversas categorías de agentes, exacerbándose sobremanera la competición, estructurante, entre las diversas formas, por un lado, de capital económico y, por otro, de capital cultural.

Los emigrantes partieron para mejorar su condición material, pero también social. Aspiran al reconocimiento de un estatus acorde con la prueba vivida. Por su trayectoria, inconsistencia, ambivalencia y liminariedad social, los emigrantes forman una figura omnipresente y polifónica, que suscita los más diversos y, a veces, contradictorios discursos. Las tomas de posición de las distintas categorías de residentes son, naturalmente, interesadas. Al clasificar a los emigrantes, se clasifican a sí mismas. Actualizan sus propios patrones, movilizan sus recursos y promueven sus intereses. Las relaciones de los residentes con los emigrantes se revisten, así, de un cariz estratégico, variando en consonancia con las propiedades movilizadas y los grupos sociales envueltos.

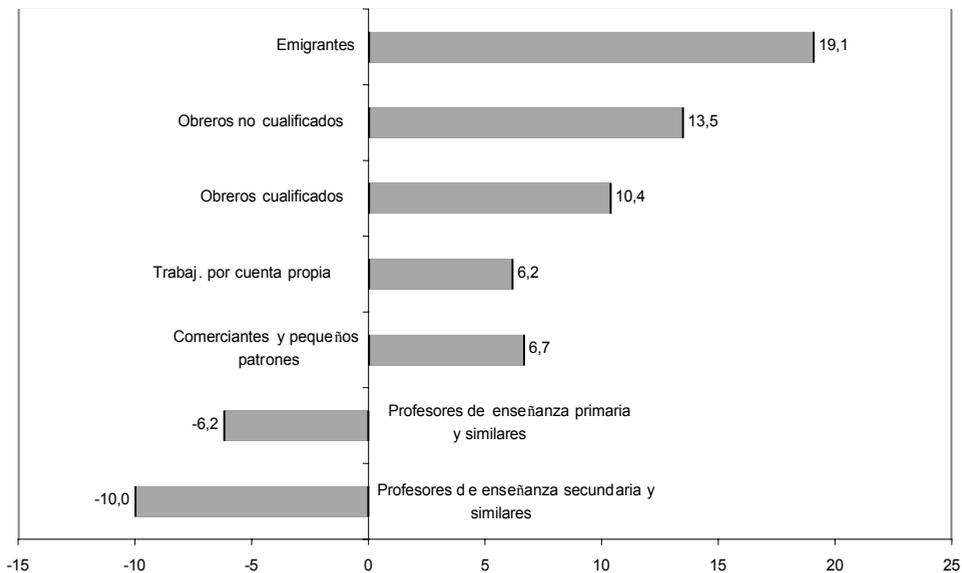
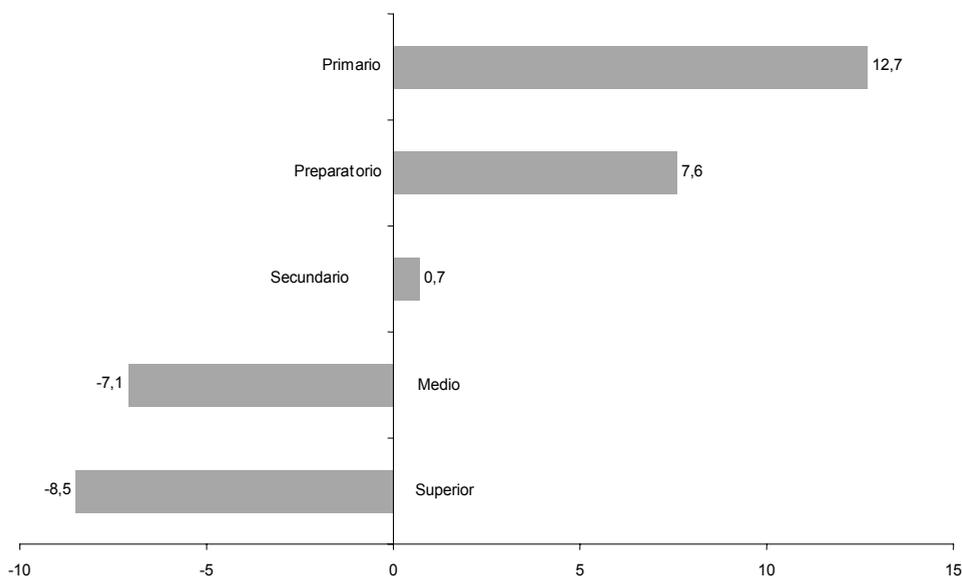
En la imagen de los emigrantes construida por los residentes algunos trazos son transversales a los diferentes grupos y clases, no discriminándolos. Los que gozan de más consenso se asocian a la “saga” del emigrante (la entrega al trabajo, el coraje, la desenvoltura, la ambición, la obstinación y la honestidad). Las opiniones ya se dividen a propósito del exhibicionismo emigrante y del “culto” que profesan al dinero y a lo extranjero. Estos últimos componentes tienden a rebajar la figura del emigrante, a limarle las aristas y a colocarla en su “debido lugar”. Estas apreciaciones acaban por concretarse en prácticas corrientes como la maledicencia, el señalar con el dedo, la remisión a los orígenes, la anécdota, el desenmascaramiento o la evitación. Un abanico de posturas y actitudes compartido por las diversas categorías de residentes. Pero, si atendemos al modo y al objetivo, bajo este manto de invariabilidad estadística se esconden distinciones importantes en función, por ejemplo, de la profesión y nivel de estudios de los residentes. Las prácticas concretas de rebajamiento y de evitación, por ejemplo, difieren efectivamente de acuerdo con las categorías sociales. Difieren en la extensión y en la intensidad, en el contenido y en la forma, en el fundamento y en los objetivos. Las nuevas clases medias titulares de diplomas sobresalen como más propensas a conductas de evitación, a veces de segregación, frente a los emigrantes. Por otro lado, si casi todos estiman oportuno rebajar los altos vuelos de los emigrantes, lo hacen, no obstante, por motivos y en términos distintos. Mientras los obreros rebajan para aproximar, para impedir el apartamiento, los miembros de las nuevas clases medias lo hacen para distanciar, para contrariar una vecindad o una competencia inaceptables. Las prácticas de rebajamiento de las clases populares surgen de una estrategia de inclusión: se llama hacia sí a quien parece haberse perdido en el laberinto social. Las prácticas de rebajamiento desarrolladas por las nuevas clases medias evidencian una lógica de exclusión, que busca apartar de sí a quien, por desnortamiento, persiste en una trayectoria de colisión. Diagnósticos diferentes, fines diferentes, medios diferentes. El medio y el tono de rebajamiento protagonizado por las nuevas clases medias tiende a ser grave, sentencioso, negativo, categórico y pedagógico, asumiendo, con frecuencia, la forma de una “cruzada político-cultural”, como en el caso paradigmático de la oposición a las “casas de los emigrantes” (Leite, 1993; Villanova *et al.*, 1994; Gonçalves, 1986 y 1996). Ya en lo que toca a las clases populares, el modo de rebajamiento remite a la inmersión jocosa pero regeneradora en el caldo grotesco de la cultura y de la convivencia de la plaza pública.

Sea como fuere y pesen las disparidades, todas estas prácticas concurren en un mismo efecto global: retirar o regatear la legitimidad de las propiedades, conductas y aspiraciones de los emigrantes. Desde este punto de vista, los emigrantes ostentan

propiedades que no les son propias, comportamientos que no les corresponden, en suma, pretensiones descabelladas e inadmisibles.

Si en este primer conjunto de atributos relativos a los emigrantes no se registran diferencias significativas en función de la profesión o de la escolaridad de los residentes, ya no sucede lo mismo con los atributos que envuelven la cultura, el gusto, el saber y el arte de vivir. En este caso, las divergencias afloran a la superficie de los números, cavándose los mayores fosos entre emigrantes y residentes y entre estos últimos. Se exacerbaban las críticas formuladas por las nuevas clases medias, extremándose las distancias que las apartan de las clases populares. Se evidencian, también, los enredos y los argumentos en juego y se desvelan los motivos de las discordias en torno a las casas, los coches, las ropas, el lenguaje y las maneras de los emigrantes. Se percibe, además, hasta qué punto las nuevas clases medias, so pretexto de los emigrantes, acaban por proceder a una doble demarcación estratégica: frente a la “barbaridad” de las clases populares y frente al “dinero sin cultura”, sea emigrante o nuevo rico.

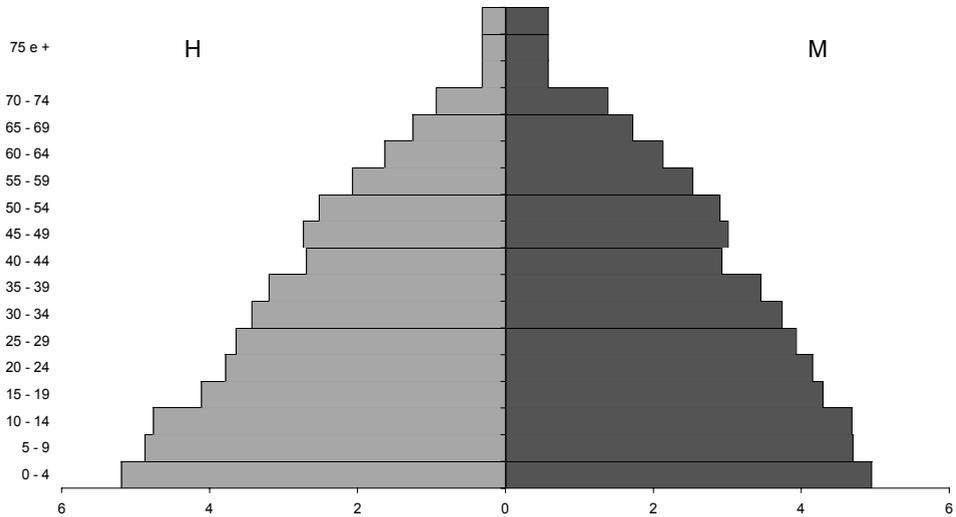
En un estudio empírico llevado a cabo en el noroeste de Portugal (Gonçalves, 1996), comparamos las posiciones frente a los emigrantes de tres grandes clases de agentes: las nuevas clases medias diplomadas (profesores, educadores, enfermeros, etc.), las clases medias independientes (comerciantes, artesanos y pequeños patrones) y los obreros. La aplicación de una escala de actitudes confirma que la imagen más positiva de los emigrantes es compartida por los obreros y por los encuestados menos escolarizados. Los miembros de las nuevas clases medias y los más escolarizados (con estudios medios o superiores) se destacan, sistemáticamente, como aquellos que expresan la visión más negativa. Las clases medias independientes se aproximan más a los obreros que a las nuevas clases medias (véase Figura 5). Aplicada la misma escala a emigrantes, se comprueba que su autoimagen, la más positiva de todas, poco se distancia de aquella que configuran los obreros. Los resultados obtenidos apuntan también en el sentido de que las tomas de posición de las diversas categorías de residentes tienden a estar en sintonía con los respectivos estilos de vida, manteniendo con éstos estrechas relaciones de homología, pertinencia y significado. En este ámbito, sobresalen dos fracturas capitales, constituyentes, justamente, de la propia estructuración de nuestras sociedades. La primera opone las aristocracias reales o pretendidas del “nombre”, de la “cultura” y del “gusto” a las pequeñas o grandes burguesías patronales y financieras, o sea, el título y el diploma al “capital” y al “dinero”. La segunda opone a los “herederos” y a los instalados, quizá en proceso real o virtual de desclasamiento, a los recién llegados.

FIGURA 5. Índice de aprecio a los emigrantes**(a) por categoría socioprofesional****(b) por nivel de estudios frecuentado**

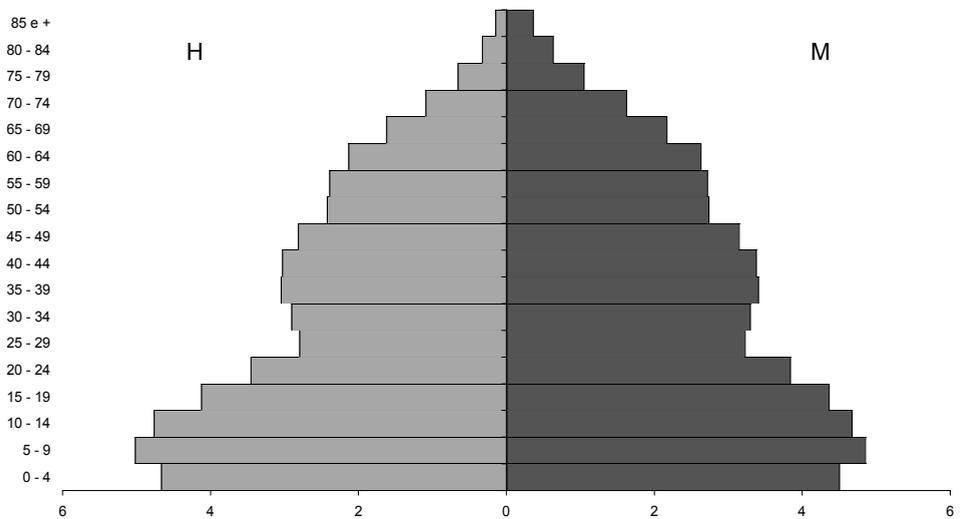
Por último, una aportación interesante para la sociología. El análisis multivariable de los diversos factores intervinientes en la variación del aprecio de los residentes por los emigrantes revela que el efecto de las variables atinentes a los grupos de estatus superan claramente el efecto de las variables tradicionalmente asociadas a las clases socioeconómicas. La profesión, la propiedad del alojamiento, el número de automóviles poseídos y la profesión del padre se valoran como variables espurias. Su efecto se vuelve insignificante cuando están insertas en modelos que comporten el grado de escolaridad como factor. Este se destaca nítidamente como el principal factor explicativo.

En el periodo que nos interesa, o sea, a partir de los años 60, la política portuguesa relativa a la emigración se manifestó, de un modo general, tibia y ambigua. Interesada y apostando por el “mantenimiento de los lazos con los contingentes emigrados” (OCDE, 1982: Anexo III, 53), con todo lo que eso conlleva en términos de beneficios internos e influencia externa, el Estado, en un lavarse las manos a la manera de Pilatos, descuidó, en gran medida, el apoyo sostenido y consecuente con la inserción de los emigrantes en los países receptores y, sobre todo, a su regreso al país, con todo lo que eso implicó en materia de abandono, imprevisión y desperdicio (Rocha-Trindade, 2001; Gonçalves, 1986). Resulta siempre falaz el intento de trazar un balance de la emigración en términos de saldo de los respectivos costes y beneficios (Sayad, 1986). Las consecuencias de este ciclo de la emigración fueron, sin duda, vastas e importantes. Desde el punto de vista demográfico, en el curso de los años 60 la población residente decreció y envejeció. La pirámide de edades de 1970 (véase la Figura 6) evidencia claramente la erosión al nivel de los jóvenes adultos de ambos sexos, con reflejos en la cantidad y en la calidad de los recursos humanos disponibles. Se estima que salieron los más dinámicos. Esta “sangría” ocurrió en un momento particularmente decisivo del desarrollo de la economía portuguesa: en una época de implantación de la industria nacional, “en que prácticamente no había desempleo (aunque hubiese, sin duda, un acentuado sub-empleo)” (Porto, 1980), se drenó, hacia fuera del país, “los elementos que más dinámicamente podrían contribuir a su crecimiento y desarrollo” (OCDE, 1982: Anexo III, 23). Se aceleró el éxodo rural y, con él, el despoblamiento del interior, acentuándose el ya excesivo desequilibrio regional. Esta dinámica parece haber beneficiado, en particular, a algunas ciudades medias, tales como Braga, Vila Real o Leiria. Éstas acogieron una parte sustancial de la inversión y del consumo de los emigrantes, favoreciendo a sectores como los servicios, el comercio y la construcción civil. En ellas fueron a estudiar y acabaron por fijarse los hijos. En ellas se establecieron muchos emigrantes tras el regreso. Las remesas se vol-

Figura 6. Pirámides de población
(a) en 1960



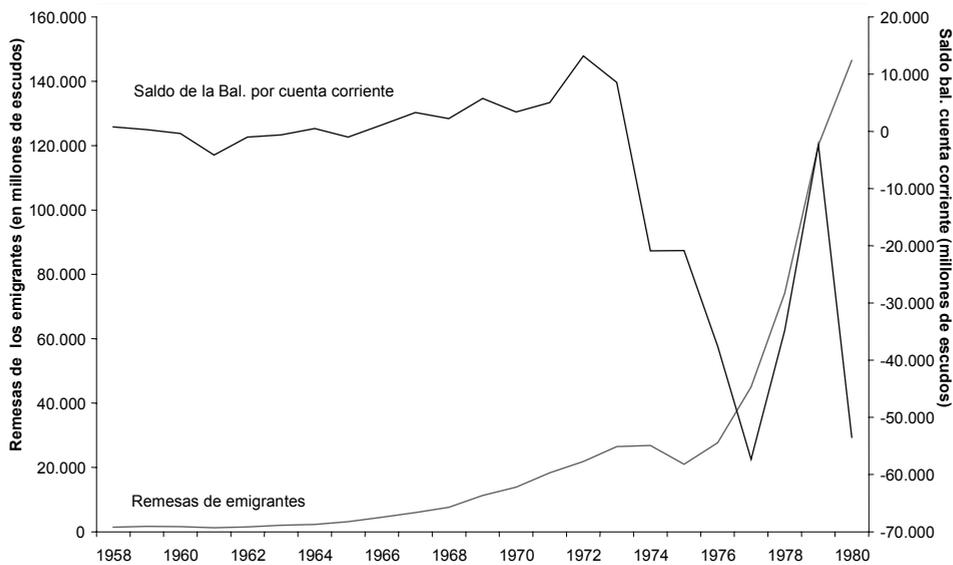
(b) en 1970



vieron un paliativo crónico para el equilibrio de las finanzas nacionales, concurriendo sustancialmente a la balanza de pagos y a la acumulación de reservas (véase figura 7). Pero dieron, también, perversamente, lugar, a una cierta letargia de la economía, posibilitando su no modernización y la persistencia de algunos vicios crónicos del

tejido productivo, principalmente en términos de dependencia externa. La agricultura se estancó. La población del sector primario se redujo drásticamente sin que ello hubiese correspondido, como en otros países, a un incremento significativo de la productividad. Las remesas parecen haber sido más movilizadas para soportar las importaciones y el consumo que para la inversión en el tejido productivo. En este cuadro, contribuyeron a una presión inflacionaria. Tampoco parecen haber sido de gran provecho para las regiones de origen de los emigrantes. Los ahorros y las remesas contribuyeron fundamentalmente al consumismo local, confinándose la poca inversión en la construcción civil, en el pequeño comercio y en la restauración. La estructura de estas economías regionales resultó, de este modo, claramente distorsionada, con una abundancia en aquellos segmentos y una carencia anquilosante en los restantes. Se añade a ello que ocurrió con los recursos financieros lo mismo que con los recur-

FIGURA 7. Remesas de emigrantes y saldo de la balanza por cuenta corriente



sos humanos. En su mayoría fueron drenados hacia el exterior, en este caso hacia el litoral y hacia los centros urbanos, principalmente a través de la red bancaria. Resulta curioso constatar cómo, en los años 70, algunos pequeños municipios del interior poseían una cobertura bancaria mayor que muchos municipios urbanos del litoral (OCDE, 1982: Anexo I, 209).

Hay otras consecuencias de la emigración que saltan a la vista. Las casas transformaron el paisaje, por la arquitectura y por la localización. Marcos de una trayecto-

ria, descienden las montañas y convergen en los valles, pueblos y ciudades. Se alteraron los ciclos y los ritmos de vida de incontables comunidades locales, cuyas actividades económicas, sociales y culturales tienden a concentrarse en los meses de verano. Este nuevo calendario, pautado por profundas variaciones estacionales, instaura una realidad difícil de digerir. Las personas y las prácticas oscilan entre el exceso y el defecto, la excitación y la monotonía, la euforia y la depresión, la efervescencia colectiva y el retraimiento invernal. La emigración facultó, ciertamente, muchos recursos, sobre todo, materiales. Persiste con todo, un hiato entre, por un lado las disponibilidades acopiadas y, por otro, las posibilidades de inversión y las oportunidades de vida. Y los jóvenes continúan emigrando, hacia otras áreas del país o para el extranjero. De cualquier modo, la emigración rasgó las fronteras. Uno de los resultados más curiosos reside en el espíritu cosmopolita y en el sentido del mundo tan comunes en las aldeas más recónditas del país y, por cierto, comparativamente raros en los barrios de las grandes metrópolis.

REFERENCIAS

- ALMEIDA, Carlos & BARRETO, António (1976). *Capitalismo e emigração em Portugal*, Lisboa, Prelo Ed.
- ANIDO, N. & FREIRE, R. (1978). *L'Emigration Portugaise: Présent et Avenir*, Paris, P.U.F.
- ANTUNES, M. L. ANTUNES (1973). *A emigração desde 1950. Dados e Comentários*, Lisboa, G.I.S.
- ARROTEIA, Jorge Carvalho (1983). *A emigração Portuguesa: Suas Origens e Distribuição*, Lisboa, Instituto de Cultura e Língua Portuguesa.
- BARRETO, António (org.) (1996). *A Situação Social em Portugal, 1960-1995*, Lisboa, ICS.
- BRANCO, Jorge Portugal (1986). *A estrutura da comunidade portuguesa em França*, Porto, Secretaria de Estado das Comunidades Portuguesas.
- BRANCO, Jorge Portugal (2000). "A comunidade portuguesa em França (I)", *Janus 2001*, PÚBLICO e Universidade Autónoma de Lisboa, pp. 148-149.
- CÓNIM, Custódio (1990). *Portugal e a sua População (II)*, Lisboa, Publicações Alfa.
- CUNHA, Maria do Céu (1988). *Portugais de France*, Paris, L'Harmattan.
- DIAS, Eduardo Mayone (1983). *Coisas da Lusândia*, Lisboa, I.P.E.D.
- ESTANQUE, Elísio & MENDES, José Manuel (1997). *Classes e Desigualdades Sociais em Portugal*, Porto, Afrontamento.

FERREIRA, Eduardo de Sousa (1976). *Origens e Formas da Emigração*, Lisboa, Iniciativas Editoriais.

GODINHO, Vitorino Magalhães (1971). *Estrutura da Antiga Sociedade Portuguesa*, Lisboa, Arcádia.

GODINHO, Vitorino Magalhães (1978). L'émigration portugaise (XVe-XXe siècles): une constante structurelle et les réponses aux changements du monde, *Revista de História Económica e Social*, Lisboa, pp. 3-32.

GONÇALVES, Albertino (1986). *O Presente Ausente. O Emigrante na Sociedade de Origem*, Braga, Universidade do Minho.

GONÇALVES, Albertino (1996). *Imagens e Clivagens. Os Residentes face aos Emigrantes*, Porto, Ed. Afrontamento.

GONÇALVES, Albertino & Gonçalves, Conceição (1991). “Uma vida entre parênteses. Tempos e ritmos dos emigrantes portugueses em Paris”, *Cadernos do Noroeste*, vol. 4 (6-7), pp. 147-158.

GONÇALVES, Maria da Conceição (2002). *Em busca do berço perdido*, Braga, Universidade do Minho.

LAGE, Maria Otília (2000). *Wolfram = Volfrâmio. Terra Revolvida, Memória Revolta*, Dissertação de doutoramento em História, Braga, Universidade do Minho.

LEITE, Maria Carolina (1993). “A casa em construção: actores e decisores”, in *Emigração/Imigração em Portugal*, Actas do “Colóquio Internacional sobre Emigração e Imigração em Portugal (séc. XIX-XX)”, Lisboa, Fragmentos, pp. 193-205.

LEANDRO, Maria Engrácia (1992). *Au-delà des Apparences: l'Insertion Sociale des Portugais dans l'Agglomération Parisienne*, thèse de doctorat en Sociologie, Université Paris V - René Descartes – Sorbonne.

LEITE, Carolina (1998). *Eva, depois do paraíso. Modos de habitar e identidade no percurso migratório*, Braga, Universidade do Minho.

MARTINHO, Alberto Trindade (1984). *Les enfants d'émigrés Portugais en France et au Portugal: “Cá e Lá”*, Nice, IDERIC.

MARTINS, J. P. Oliveira (1956). *Fomento rural e emigração*, Lisboa, Guimarães Editores.

Monteiro, Paulo F. (1993). “Emigrantes imigrados: da Lousã ao Connecticut, uma investigação em dois tempos”, in AAVV, *Emigração/Imigração em Portugal*, Lisboa, Fragmentos.

NETO, Felix (1985). *Jovens portugueses em França: aspectos da sua adaptação psico-social*, Porto, Ed. Jornal de Psicologia.

OCDE (Reunião de Peritos) (1982). *A Interação entre a Emigração e o Desenvolvimento Económico da Região do Norte de Portugal*, Póvoa de Varzim, Comissão de Coordenação da Região Norte.

POINARD, Michel (1979). *Le retour des travailleurs portugais*, Paris, La Documentation Française.

PORTO, Manuel (1980). “Desequilíbrios Regionais e Emigração”, *Prospectivas*, nº1, pp. 5-16.

ROCHA-TRINDADE, Maria Beatriz (1973). *Immigrés Portugais*, Lisboa, I.S.C.S.P.

ROCHA-TRINDADE, Maria Beatriz (1976). “Comunidades migrantes em situação dipolar”, *Análise Social*, vol. XII, nº48, pp. 983-997.

ROCHA-TRINDADE, Maria Beatriz (1982). “Sensibilização comunitária numa óptica de interculturalismo em meio de forte emigração”, *Nação e Defesa*, nº26, pp. 73-90.

ROCHA-TRINDADE, Maria Beatriz (2000). “As políticas portuguesas para a emigração”, *Janus2001*, Lisboa, Público e Universidade Autónoma de Lisboa, pp. 140-141.

RIBEIRO, E. C. Cassola (1986). *Emigração portuguesa. Algumas características dominantes dos movimentos no período de 1950 a 1984*, Porto, Secretaria de Estado das Comunidades.

RODRIGUES, Adriano Duarte (1979). “La pratique symbolique des travailleurs immigrés”, *Revista de História Económica e Social*, nº4, pp. 41-51.

SANTOS, Boaventura de Sousa (org.) (1993). *Portugal – Um Retrato Singular*, Porto, Afrontamento.

SAYAD, Abdelmalek (1986). “‘coûts' et 'profits' de l'immigration. Les présupposés politiques d'un débat économique”, *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, nº61, pp. 79-82.

SERRÃO, Joel (1972) *A Emigração Portuguesa*, Lisboa, Livros Horizonte.

VILLANOVA, R., Leite, C. & Raposo, I. (1994), *Maisons de rêve au Portugal*, Paris, Éd. Créaphis.

Traducción: Benito Bermejo

ANEXO
Emigración (varios indicadores)

AÑOS	Emigración legal	Sexo		Actividad económica			Sin actividad	País de destino					Emigrac. clandestina
		Masc.	Fem.	Prim.	Secund.	Terc.		Alemania	Francia	Am. Norte	Brasil	Otro	
1955	29796	18250	11546	7660	4387	2476	9457		985	1328	18486	8997	
1956	27017	15822	11195	6999	3012	2454	9210		772	3115	16814	6316	
1957	35356	23118	12238	11544	4650	3208	10610		3102	5786	19931	6537	
1958	34030	21133	12897	9315	5091	2955	10846		4694	3215	19829	6292	
1959	33458	18034	15424	8116	3105	2355	12302		3542	8530	16400	4986	
1960	32318	17531	14787	8235	2763	1854	12176		3593	10574	12451	5700	414
1961	33526	19590	13936	9209	3963	2323	11968		5446	5965	16073	6042	1270
1962	33539	19843	13696	8273	5017	2350	11951		8245	6164	13555	5575	4671
1963	39519	25149	14370	9289	9024	2232	12449		15223	6346	11281	6669	14451
1964	55646	38559	17087	13733	15005	3378	16172	3868	32641	6371	4929	7837	30636
1965	89056	59139	29917	19402	22709	5788	27253	11713	57319	7049	3051	9924	27918
1966	120239	72234	48005	26676	21711	6274	43064	9686	73419	20152	2607	14375	12595
1967	92502	48117	44385	17549	10233	3159	39626	2042	59415	18131	3271	9643	13778
1968	80452	37413	43039	12504	5494	3002	38728	4886	46515	17674	3512	7865	23697
1969	70165	40505	29660	15860	9989	4179	27012	13279	27234	19613	2537	7502	83371
1970	66360	43332	23028	14674	16714	5201	20998	19775	21962	16255	1669	6699	106907
1971	50400	29225	21175	7729	9694	3817	19020	16997	10023	15822	1200	6358	100797
1972	54084	30585	23499	6808	10789	3665	20779	14377	17800	14419	1158	6330	50892
1973	79517	51660	27857	10591	24319	7319	24461	31479	20692	15563	890	10893	40502
1974	43397	22357	21040	4565	6846	2074	18213	3049	10568	21190	729	7861	26876
1975	24813	12287	12526	2354	2840	1948	11030	1072	2866	14832	1553	4490	20107

Nota. La emigración clandestina indicada se refiere únicamente a Francia